

LA REPRESENTACIÓN BOLIVARIANA EN *EL GENERAL EN SU LABERINTO* DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Autora: María Narea

UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
VALENCIA – VENEZUELA

RESUMEN

El presente trabajo tiene como propósito analizar los modos de representación escritural, utilizados por el escritor colombiano Gabriel García Márquez en su novela *El general en su laberinto* (1989), cuyo referente histórico es el periplo final de la vida de Simón Bolívar, es decir: el viaje que éste realiza desde Santa Fe de Bogotá el 8 de mayo de 1830, hasta San Pedro Alejandrino, donde muere el 17 de diciembre de ese mismo año.

Así mismo se comentan otros modos de representación sobre el mismo referente histórico, a través de un diálogo con otros textos, entre ellos: *Bolívar en Casacoima* (1835), de Juan Vicente González; *El hombre de la camisa del Libertador* de Antonio Arraiz; *Simón Bolívar, integración en la libertad* (1980), de Leopoldo Zea; *El último rostro*, de Álvaro Mutis; *El Anti-héroe Pedro Carujo* (1990), de Asdrúbal González y *La Carujada* (1990), de Denzil Romero.

Además, intentaremos respondernos algunas preguntas, sobre el problema de la escritura de la historia, a partir de autores como: Seymour Menton, Noé Jitrik, Michel De Certeau, Michael Riffaterre, Roland Barthes y Hayden White.

Palabras Clave: Novela Histórica, Representación, Periplo.

ABSTRACT

How is Bolivar represented in the book
“The General in his Laberynth”
by Gabriel García Márquez

The purpose of this paper is to analyze how is Bolivar reflected through the different literary representations used by the Colombian writer Gabriel García Márquez, in his novel “The General in his Laberynth (1989),” which is based on the late life of Simón Bolívar; specifically on the historical journey from Santa Fé de Bogotá in May 8, 1830 to San Pedro Alejandrino, where he died, in December 17, 1830.

Literary representations about the same historical reference, by other authors, are also commented by means of a dialogue with their texts, among them: **Bolívar en Casacoima** (1835) by Juan Vicente González; **El hombre de la camisa del Libertador** by Antonio Arraíz; **Simón Bolívar, integración en la libertad** (1980) by Leopoldo Zea; **El último rostro**, de Álvaro Mutis; **El Anti-héroe Pedro Carujo** (1990), by Asdrúbal González and **La Carujada** (1990), by Denzil Romero.

An attempt to answer some questions about the problem of writing in history, from authors like Seymour Menton, Noé Jitrik, Michel De Certeau, Michael Riffaterre, Roland Barthes and Hayden White is also carried out in this paper.

Key words: Historical Novel, Representation, Journey.

INTRODUCCIÓN

El general en su laberinto fue publicada en 1989. Lo primero que llama la atención al leer esta novela es que no encontramos el mismo modo discursivo al que nos tiene acostumbrados Gabriel García Márquez, es decir esa especie de lenguaje-río que fluye incesantemente y que caracteriza toda la narrativa anterior de este autor. Cuando leemos, por ejemplo, *Cien años de soledad* (1967) o *El otoño del patriarca* (1975) la lectura nos atrapa por el discurrir de una verbosidad frondosa, donde los personajes y los hechos aparecen y desaparecen en una continuidad casi perenne, los capítulos son muy largos y el asombro y la hiperbolización de las acciones que ocurren no nos permiten separarnos fácilmente del texto. En *El general en su laberinto* no pasa lo mismo: sabemos que se trata de un relato garciamarquiano porque en las descripciones encontramos algunos elementos suyos con los que estamos familiarizados, pero los párrafos son más cortos, la puntuación menos espaciada, las frases más precisas y los diálogos más abundantes. Esto ya había sido advertido por Carlos Fuentes en su obra *Valiente Mundo Nuevo* (1990) cuando escribe:

El general en su laberinto de Gabriel García Márquez logró cerrar, con la cicatriz histórica, las heridas manantes del llamado “realismo mágico” que, inventado por Alejo Carpentier, se ha aplicado indiscriminadamente como etiqueta a demasiados novelistas hispanoamericanos, aunque en verdad se convirtió en el sello personal de uno solo: Gabriel García Márquez. Lo primero que sorprende al iniciar la lectura de *El general en su laberinto* es, precisamente, la ausencia de los elementos asociados con el “realismo mágico”. La narrativa de García Márquez, esta vez, es directa e históricamente localizada, pero la iniciación lineal no tarda en florecer, hacia arriba y hacia abajo, y lateralmente, como una planta histórica, triste y vibrante, de la ilusión del poder y la traición del cuerpo.”¹

1 FUENTES, Carlos. *Valiente Mundo Nuevo*. México: Fondo de Cultura Económica. 1992, p. 24

Después de esta primera apreciación nos preguntamos: ¿Por qué el escritor, en este caso, ensaya un modo de representación diferente al que lo ha caracterizado? ¿Acaso el peso de un referente histórico tan notorio, como lo es el Libertador Simón Bolívar, ha constreñido de alguna manera el discurso de García Márquez? ¿Por qué el autor escoge, precisamente, el episodio del viaje final de Simón Bolívar por el río Magdalena como objeto de representación? Intentaremos respondernos a nosotros mismos a partir de la discusión de algunos problemas sobre la escritura de la historia en autores como Seymour Menton, Noé Jitrik, Michel De Certeau, Michael Riffaterre, Roland Barthes y Hayden White.

Posteriormente, comentaremos otros modos de representación sobre el mismo referente histórico, es decir estableceremos un diálogo con otros textos, entre ellos: *“Bolívar en Casacoima”* (1835), de Juan Vicente González; *“El hombre de la camisa del Libertador”*, de Antonio Arráiz; *Simón Bolívar, integración en la libertad* (1980), de Leopoldo Zea; *“El último rostro”*, de Alvaro Mutis; *El Anti-héroe Pedro Carujo* (1990), de Asdrúbal González y *La Carujada* (1990), de Denzil Romero.

I - LOS MODOS DE REPRESENTACIÓN EN EL GENERAL EN SU LABERINTO

Germán Carrera Damas en su obra **El Culto a Bolívar** declara lo siguiente:

... es posible afirmar, también de Bolívar, que cabe distinguir en él dos figuraciones históricas. Una, la visible y hasta cotidiana, producto de una historiografía que ha oscilado entre la pura y simple apologética bolivariana y la diatriba no menos infundada. La otra, la auténtica, yace en alguna parte sepultada, como hemos dicho, y sólo penosamente logramos entreverla.²

² CARRERA DAMAS, Germán. **El culto a Bolívar**. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. 1969. p. 39.

En el caso de la novela de García Márquez, pensamos que se aproxima más a la otra figuración esbozada por Carrera Damas, pues se trata de una visión más cercana al hombre que al héroe, aunque la ficción se construya a partir de referencias históricas más o menos verificables en los documentos.

El episodio que representa el escritor es el del viaje final del Libertador desde Santa Fe de Bogotá el 8 de mayo de 1830, hasta San Pedro Alejandrino, donde muere el 17 de diciembre de ese mismo año. La novela está estructurada en 8 capítulos a través de los cuales se narra el periplo de Bolívar por el río Magdalena, el cual se convierte en un símbolo o alegoría que nos recuerda a Manrique: el río que va a morir al mar. El deterioro físico y moral del Libertador, su derrota final, la pendiente de la gloria hacia la muerte, los recuerdos del héroe y la redimensión de sus actos de poder serán los grandes asuntos del relato.

La traición del cuerpo ocupará un espacio importante de la representación, pues en lo narrado se nos muestra a un Bolívar que en sus momentos finales sufre todas las miserias que lo acompañaron durante su enfermedad, incluyendo, además del propio padecimiento, la execración de sus semejantes.

Por ejemplo, durante su estadía en Honda se lee:

Esta vez, de todos modos, nadó sin fatiga durante media hora, pero quienes vieron su costillar de perro y sus piernas raquíticas, no entendieron que pudiera seguir vivo con tan poco cuerpo.³

No es usual que en la historiografía se represente a Bolívar de este modo y mucho menos que se aluda al desprecio y al terror a contraer la tisis de quienes lo rodeaban:

¹ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El general en su laberinto*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra. 1989. p. 79.

... los Campillo habían enterrado en el patio la vajilla inglesa, la cristalería de Bohemia, los manteles de Holanda, por terror al contagio de la tisis.⁴

Al regreso se detuvo en una fonda del mercado, tomó café, y se llevó la taza para evitarse la humillación de que la destruyeran.⁵

Alguien le contó que el dueño de la casa donde vivía en Cartagena había quemado por temor al contagio el catre en que él dormía, junto con el colchón y las sábanas, y todo cuanto había pasado por sus manos durante la estancia.⁶

A esta hora papá Molinares debe estar quemando el colchón y enterrando las cucharas.⁷

El “glorioso ejército libertador” que nos presenta la historiografía épica está en la narración minado por la blenorragia:

Le preocupaba la moral de la tropa, carcomida por el tedio, y esto le parecía demasiado evidente en el desorden de los cuarteles, cuya pestilencia había llegado a ser insoportable. Pero un sargento que parecía en estado de estupor por el bochorno de la hora lo apabulló con la verdad.

“Lo que nos tiene jodidos no es la moral, Excelencia”, le dijo. “Es la gonorrea”.⁸

Entre los múltiples imaginarios representados por el autor -y que ya forman parte de las creencias populares- están las leyendas sobre el Libertador y la disminución de su talla física en los momentos finales. En cuanto a las leyendas encontramos:

4 **Idem.** pp. 131-132.

5 **Idem.** pp. 160-161.

6 **Idem.** p. 218.

7 **Idem.** p. 244.

8 **Idem.** p. 237.

Desde que empezaron las guerras de independencia había cabalgado dieciocho mil leguas: más de dos veces la vuelta al mundo. Nadie desmintió nunca la leyenda de que dormía cabalgando.⁹

La víspera de dejar Angostura para terminar la liberación del continente, en 1817, puso al día sus asuntos de gobierno con catorce documentos que dictó en una sola jornada. Tal vez de allí surgió la leyenda nunca desmentida de que dictaba a varios amanuenses varias cartas distintas al mismo tiempo.¹⁰

La disminución de su talla física en sus momentos finales está representada en la siguiente escena, cuando lo visitan “los tres juanes del partido bolivariano”:

Los tres se quedaron horrorizados ante aquel cuerpo en pena que trató de incorporarse en la hamaca, y el aire no le alcanzó para abrazarlos a todos. Lo habían visto en el Congreso Admirable, del que formaban parte, y no podían creer que se hubiera desmigajado tanto en tan poco tiempo. Los huesos eran visibles a través de la piel, y no conseguía fijar la mirada. Debía estar consciente de la fetidez y el calor de su aliento, pues se cuidaba de hablar a distancia y casi de perfil. Pero lo que más les impresionó fue la evidencia de que había disminuido de estatura, hasta el punto de que al general Montilla le pareció al abrazarlo que le llegaba a la cintura.

Pesaba ochenta y ocho libras, y había de tener diez menos la víspera de la muerte. Su estatura oficial era de un metro con sesenta y cinco, aunque sus fichas médicas no coincidían siempre con las militares, y en la mesa de autopsia tendría cuatro centímetros menos. Sus pies eran tan pequeños como sus manos en relación con el cuerpo, y también parecían disminuidos.

9 *Idem.* p. 49.

10 *Idem.* p. 226.

José Palacios había notado que llevaba los pantalones casi a la altura del pecho, y tenía que darle una vuelta a los puños de la camisa. El general advirtió la curiosidad de sus visitantes y admitió que las botas de siempre, del número treinta y cinco en puntos franceses, le quedaban grandes desde enero. El general Montilla, célebre por sus chispazos de ingenio aun en las situaciones menos oportunas, acabó con el patetismo.

“Lo importante”, dijo, “es que Su Excelencia no se nos disminuya por dentro”.¹¹

Pero además de todo lo expuesto hasta ahora, es la “conciencia” del personaje lo más patético de esta representación ficcional: la asunción de su derrota, el repaso de las acciones de poder -llevada a su máxima expresión en el recuerdo de la muerte de Piar-, los epítetos que le gritan en la calle.

Por ejemplo, el epíteto de “longanizo” -en la escena donde le arrojan una bosta de vaca- desacraliza al héroe, a la vez que lo reduce a su condición humana por el hecho de enojarse: es tanta la humillación que sufre el general, que degradó con saña a un oficial que lo seguía sin ser visto y sólo para protegerlo. (p. 34).

La conciencia de su derrota está muy bien expresada en el siguiente párrafo:

Veinticuatro años después, absorto en la magia del río, moribundo y en derrota, tal vez se preguntó si no tendría el valor de mandar al carajo las hojas de orégano y de salvia, y las naranjas amargas de los baños de distracción de José Palacios, y de seguir el consejo de Carreño de sumergirse hasta el fondo con sus ejércitos de pordioseros, sus glorias inservibles, sus errores memorables, la patria entera, en un océano redentor de cariaquito morado.¹²

¹¹ *Idem.* p. 144.

¹² *Idem.* pp. 136-137.

La muerte de Sucre y el recuerdo permanente de sus enemigos: Santander (“Casandro”) y Carujo serán algunos de los móviles que sostendrán en la novela la voluntad del enfermo.

Encontramos también en la novela la presencia de elementos que son constantes en otras obras de García Márquez, por ejemplo: animales que se comen las cortinas y los mobiliarios (en este caso una mula negra, en **Cien años de soledad**, las vacas); las cruces de ceniza en la frente de las amantes del general (así como en los hijos del Coronel Aureliano Buendía), la aversión contra los curas, los sietemesinos, la espera interminable por un pasaporte que cuando por fin llega no tiene validez legal (recuerda la espera infinita en **El Coronel no tiene quien le escriba**), los elementos mágicos y las premoniciones -representadas por los naipes (la muerte de Sucre) y los sueños-, la figura que no termina de abandonar el país y el poder y cuya muerte se anuncia varias veces sin que ocurra (las muertes supuestas del dictador en **El otoño del patriarca**).

Por último, el poder ilusorio y menguado, cuando en la página 90 se finge una despedida popular:

El puerto estaba lleno desde las cinco de la mañana con gentes de a caballo y de a pie, reclutadas a toda prisa por el gobernador en las veredas cercanas para fingir una despedida como las de otras épocas.

Carrera Damas¹³ atribuye a tres factores la figura de Bolívar creada por la historiografía: la unidad nacional, el gobierno y la superación nacional; sin embargo, Josefina Ludmer¹⁴ considera que la novela de García Márquez es la versión posmoderna del mito bolivariano:

13 CARRERA DAMAS, Germán. *Op. cit.*

14 LUDMER, Josefina. *El Coloquio de Yale: máquinas de leer “fin de siglo”*. En: **Las culturas de fin de siglo en América Latina**. (Josefina Ludmer, comp.). Argentina: Beatriz Viterbo Editora. 1994. p. 20.

...la modernidad es un objeto perdido; hay que hacer el duelo de Bolívar y su proyecto, y ése es el sentido de **El general en su laberinto** de García Márquez: una versión posmoderna del mito bolivariano de consolidación continental, que era una metáfora del proyecto ilustrado. El posmodernismo como duelo de la modernidad y su crítica. Y como escritura más “adecuada” para un mundo que nunca alcanzó, en realidad, la modernidad.

Uno de los aspectos más significativos de la novela de García Márquez es la inclusión de anexos al final de la misma: las gratitudes, la cronología elaborada por Vinicio Romero Martínez y el mapa esquemático del último viaje de Bolívar. Tratándose de una representación ficcional, el escritor realmente no tiene necesidad de hacer esto y, no obstante, parece una autoimposición de él mismo, quizás por gratitud a la gente que lo acompañó en el proyecto escritural de la novela o como una manera de respaldar su relato. El valor de la documentación, sin embargo, se relativiza porque el escritor finalmente plasma, a través de la ficción, la visión *otra* del pasado que menciona De Certeau. Con respecto al problema de la documentación y la ficción en la novela histórica, Jitrik plantea lo siguiente:

... esta “acción” del documento debe ser conjugada con otras acciones porque el documento halla sus límites en la “transcripción” y, como es sabido, se trata de otra cosa, aun cuando, como sostiene Maurice Blanchot, el acto desrealizador de la escritura, de toda escritura, modifica la naturaleza de todos los discursos, incluso de los que como el de la historia, se quieren *solamente* transcriptivos. Y esa otra cosa se logra estableciendo una relación bien ajustada y concreta con otro elemento, el de ficción -no necesariamente el narrativo pues casi todo el discurso de la historia lo es-, que tiene, o al que se le atribuye, otras capacidades. De este modo, el documento es despojado de su narratividad y la que en cambio se le aplica o impone es la propia de la ficción, al menos tal como se la concibe a partir del gran

desarrollo de la novela. Podríamos decir, entonces, que las novelas históricas resultan de una ecuación, pensada como muy equilibrada, entre dos cualidades que se dan por ciertas: la de veracidad de un documento y la de reinterpretación de una retórica o de ciertas reglas de una práctica.¹⁵

De esta manera, los discursos conocidos como magnos y grandielocuentes son desacralizados y reducidos a lo coloquial, como es el caso del Juramento en el Monte Sacro, el cual queda plasmado de esta manera:

... En una de las colinas, viendo a Roma a sus pies, don Simón Rodríguez le soltó una de sus profecías altisonantes sobre el destino de las Américas. Él lo vio más claro.

“Lo que hay que hacer con esos chapetones de porra es sacarlos a patadas de Venezuela”, dijo. “Y le juro que lo voy a hacer”.¹⁶

Michel De Certeau plantea que para el escritor de la historia hay tres vías: la repolitización, la rehistorización y la personalización. Pensamos que en el caso de García Márquez este último aspecto -la *personalización*- es decir, la atención a las particularidades del sujeto que realiza la práctica de la historia (procedencia: región, clase, formación) es la vía seleccionada por el autor. Él mismo lo afirma en las *Gratitudes*, al final de su libro, cuando comenta cómo surgió el proyecto:

“Más que las glorias del personaje me interesaba entonces el río Magdalena, que empecé a conocer de niño, viajando desde la costa caribe, donde tuve la buena suerte de nacer, hasta la ciudad de Bogotá, lejana y turbia, donde me sentí más forastero que en ninguna otra desde la primera vez”.¹⁷

15 JITRIK, Noé. De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana. En: Daniel Balderston (Comp.) *The Historical Novel in Latin America. A symposium*. Gaithersburg: Ediciones Hispanoamérica. 1986. p. 22.

16 GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. **Op. cit.** pp. 135-136.

17 **Idem.** p. 269.

En la novela percibimos un conocimiento profundo de la topografía, la gastronomía, el habla y las costumbres de esta región colombiana.

Sin pretensiones de encasillar la novela de García Márquez en los esquemas cuaternarios de Hayden White¹⁸, podemos afirmar sin titubeos que, en cuanto al nivel lingüístico, el tropo maestro es la **ironía**, de lo cual hay múltiples ejemplos a lo largo del relato.

En cuanto a la “verdad histórica” que pudiera contener la novela y aunque parte de una documentación reconocida por el autor, lo importante es la discursividad y no la referencialidad, el valor de lo descriptivo que justifica la armazón de la heroicidad y su deterioro como constructo.

II. OTROS MODOS DE REPRESENTACIÓN SOBRE EL MISMO REFERENTE HISTÓRICO

Nos pareció interesante como complemento de este trabajo analizar otros modos de representación de la figura bolivariana.

Por ejemplo, en los textos escolares, la muerte de Bolívar es representada como un hecho épico, como el final grandioso de un héroe-padre cuya gesta nos sirve de guía para el presente y para el futuro:

El 17 de diciembre de 1830 moría en Santa Marta, Colombia, en la Hacienda San Pedro Alejandrino, el más grande de los venezolanos de todos los tiempos, el genio universal de la libertad, el hombre que luchó sin descanso por la Independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bo-

¹⁸ WHITE, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. 1992.

livia; el proponente de una nueva Venezuela, de una nueva América, que todavía sus hijos no hemos podido construir, pero que orientados por la guía, el pensamiento y la acción del Libertador Simón Bolívar, estamos en la permanente obligación de crear, para que todos seamos felices y plenamente democráticos, como fue la aspiración máxima del más grande hombre de América y uno de los más grandes del mundo.¹⁹

En un texto de Juan Vicente González (1935) la representación del Libertador es la del visionario que sueña con la unidad victoriosa de América y lo logra:

Sorprendidos, atónitos, se miraban unos á otros los oficiales que le cercaban: nadie osaba pronunciar una palabra. Los ojos de Bolívar arrojaban fuego y al hablar de la España, de su ruina, tormentas eléctricas parecían ceñir su cabeza, como la cumbre del Duida, cuya sangrienta y encapotada cima alcanzaban apenas á divisar...

Un oficial llamó aparte al coronel Briceño y le dijo llorando: “Todo está perdido, amigo mío: lo que era toda nuestra confianza, hélo aquí loco; está delirando... En la situación en que le vemos, sin más vestido que una bata, soñando en el Perú...!” Confrontóle Briceño, asegurándole que el Libertador se chancaba para hacer olvidar el mal rato, que él y todos habían pasado aquella tarde... A los dos meses Bolívar había tomado á Angostura: dos años después la Nueva Granada le aclama vencedor en Bogotá: cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo: á los cinco da libertad á Quito; y al cabo de los siete años sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cuzco.²⁰

19 BRAVO DÍAZ, María Josefina. **Mi historia de Venezuela. 5º año de Educación Básica.** Caracas: Ediciones CO-BO. PP. 141-142.

20 GONZÁLEZ, Juan Vicente (1835). Bolívar en Casacoima. En: **Ha muerto el Libertador.** (Ildefonso Leal, comp.). Caracas: Ediciones del Rectorado de la U.C.V. 1980. pp. 189-190.

Este mismo episodio es representado en **El general en su laberinto** (pp. 255-256), pero para ironizar la situación final de Bolívar, por la cercanía de su muerte.

Otra de las leyendas que se ha hecho popular es la de la camisa prestada con la que murió el Libertador. Antonio Arráiz²¹, sin embargo, nos refiere con un lenguaje grandilocuente que al Libertador le quedaban sólo dos camisas y regaló una de ellas a un muchacho humilde y con ello construye un relato sobre la omnipresencia del Libertador en el pueblo. En la novela de García Márquez, el episodio de la camisa está teñido de superstición, pues José Palacios la mandó a lavar y al parecer desapareció en manos de un indio taumaturgo, hecho al cual Bolívar atribuía el mal estado de sus asuntos.

Leopoldo Zea en su obra **Bolívar, integración en la libertad**²², muestra las dificultades del Libertador a través de cuatro grandes problemas: la identidad, la dependencia, la libertad y la integración y aunque no aborda específicamente el episodio de la muerte, intenta justificar la trayectoria del héroe a través de sus propias palabras, vertidas en documentos históricos.

Alvaro Mutis, escritor a quien García Márquez dedica su novela, en su relato *El último rostro*²³ representa la figura del Libertador a través de un Diario, atribuido al coronel Napierski. En él encontraremos algunos elementos que serán retomados en **El general en su laberinto**: el aroma del agua de colonia, la fortuna de Bolívar con las mujeres, la hamaca como símbolo, el desarraigo y la muerte de Sucre.

Por último, quisiéramos incluir dos textos más: uno historiográfico y otro de ficción. El texto historiográfico del que nos serviremos como modelo es **El Anti-héroe Pedro Carujo** (1990) del escritor Asdrúbal Gonzalez, puesto que en él aparece el mismo epi-

21 ARRÁIZ, Antonio. El hombre de la camisa del Libertador. En: **Un personaje llamado Bolívar**. Caracas: El Diario de Caracas. 1979. pp. 5-7.

22 ZEA, Leopoldo (1980). **Simón Bolívar, integración en la libertad**. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana. 1993.

23 MUTIS, Alvaro. El último rostro. En: **Un personaje llamado Bolívar**. Caracas: El Diario de Caracas. 1979. pp. 15-31.

sodio de la muerte de Bolívar y la travesía por el río Magdalena, pero con un carácter de rigurosidad histórica (aunque narrativizada), ya que se trata de una investigación cuyo propósito es la escritura de la biografía de Carujo; por lo tanto, al final del texto aparece una amplia reseña de documentos de archivos, fuentes impresas y fuentes hemerográficas, de las cuales hemos utilizado algunas en nuestro trabajo.

Cabe destacar, además, que este último libro tiene la particularidad de haber sido publicado simultáneamente con la novela **La carujada** (1990), de Denzil Romero, y que, tratándose de un texto de ficción, nos permite compararlo tanto con el de González como con el de García Márquez, en cuanto al referente histórico que pretendemos analizar. Por otra parte, estos dos últimos textos, tal como lo refieren los colofones respectivos:

“...forman parte de un mismo proyecto escritural que los autores concibieron y desarrollaron juntos, trabajando las mismas fuentes bibliográficas, materiales de época y testimonios varios, así como compartiendo los originales a lo largo del desarrollo. Quizás este propósito, sea la primera vez que se intenta en Venezuela. Quede constancia para la historia.”

En este sentido, la selección de estos textos nos permite hacer dos comparaciones: por una parte, la del texto de García Márquez con los de González y Romero, en cuanto al episodio de la muerte de Bolívar; y, por la otra, la de los dos textos sobre Carujo, por cuanto uno es biografía histórica y el otro novela.

Cuando González comenta el problema de la escritura de la historia, afirma lo siguiente:

Cuando se refieren nuestros historiadores a los próceres de la tercera república, lo hacen en actitud de perdonavidas, con frases conmiserasivas, como queriendo lavar el pecado de haberse opuesto al mandato del Libertador. No se ha querido comprender que hombres como Páez, Mariño, Arismendi, Bermúdez, a quienes debían lealtad sobre todas las cosas era a su pueblo y a su patria venezolana, y nunca a un hombre por providencial y mesiánico que pudiera parecer, ni a una experiencia política que los hechos se habían encargado de destruir.

En todo esto ha gravitado especialmente la circunstancia de haberse escrito la historia patria desde un ángulo eminentemente bolivarianista. Se han cuidado los historiadores venezolanos de pisar las arenas movedizas de la detracción del héroe máximo; o complacido intereses grupales o políticos quienes, con ligeras excepciones, escribieron sobre el tema del movimiento separatista de 1830.²⁴

Sin embargo, el tratamiento que da al personaje de Carujo es mucho más benevolente que el que le confiere Denzil Romero:

Pero la nueva cita entre Marco Bruto y César no se dará , porque el destino juega ahora a separarlos. (...) Porque el destino hace que Carujo ignore la marcha de un peregrino que busca un trozo de tierra amiga donde morir. El día Primero de Diciembre estuvieron apenas a cinco leguas de distancia. No hubo presentimiento, ni espía, ni parte ni nada que lo dijera; lo mismo pudo ponerse el septembrino al frente de treinta hombres para matar al padre Blanco en Valledupar, atravesando territorio enemigo, que afilar los puñales de sus soldados y dirigirse a Santa Marta a través de zonas

24 GONZÁLEZ, Asdrúbal. *El Anti-héroe Pedro Carujo*. Caracas: Editorial Planeta Venezolana. 1990. pp. 196.197.

insurrectas, a cumplir los designios, a buscar en San Pedro Alejandrino el corazón de César, arrollar los pocos granaderos de su guardia, y en su lecho de moribundo clavar el acero que había desviado el inexplicable sortilegio de la noche bogotana.

O quizás no hubiera abierto herida nueva en el corazón desgarrado y el cuerpo exhausto del Padre de la Patria. Lo que llegó a Santa Marta el 1° de Diciembre de 1830, a las 7 1/2 de la noche en el bergantín inglés *Manuel*, era un cuerpo de pecho contraído, pulmones deshechos, ojos en fuga. Lo bajaron a tierra en una silla de brazos -de cuero de baqueta, cubierta de velo blanco sobre los hombros de cuatro robustos cargadores- porque ya no podía caminar. Su médico Alejandro Próspero Révérend lo encontró, así lo dijo a la posteridad: "... cuerpo muy flaco y extenuado; semblante adolorido, y una inquietud de ánimo contante. La voz ronca, una tos profunda con esputos biliosos de color verde. El pulso igual; pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales". "Daré compasión a mis enemigos", diría en carta a Montilla, pocos días antes de embarcar. Y agregaría después: "Es el sentimiento menos agradable que un hombre puede inspirar a sus contrarios".²⁵

Se observa en el relato, a pesar de la narrativización, el apego al documento, el uso de las comillas. La interpretación es mucho más respetuosa que la de García Márquez. Veamos ahora un extracto del capítulo 2 de **La carujada**, de Denzil Romero, donde Carujo, en la cárcel, imagina haber visto y sentido al fantasma del Libertador:

Los pasos son de él. *Trup, trup, tock-tock-tock*. No pueden ser de otro. (...) Son los suyos. Los pasos del Tirano. Salido de su

25 *Idem.* pp. 239-240.

tumba, procura burlarse de mí. (...) El muy cínico, con su perfidia inaudita, advertido de seguro por su albacea testamentario, ha venido a tomar su última venganza. Al par que su fama y su poder crecieron, creció mi abominación por él. Así de sencillo: no podía evitarlo. Un hombre como yo que había estudiado en las mejores fuentes de la filosofía liberal y que sólo estaba preparado para vivir en democracia-libertad-y-república, no podía soportar a un tirano y, mucho menos, al más inicuo de todos los tiranos; (...) se echó en brazos de la iglesia católica, para neutralizar la hostilidad de esa oposición, el aislamiento popular y las cada vez más crecientes voces de protesta, (...) todo sin contar la concentración del poder en sus solas manos, sus reblanquecidas manos de patiquín caraqueño, las mismas que se protegía con guantes de cabritilla para dormir y que se lavaba con baños matutinos de leche serenada y polvillos de tiza seca...²⁶

Ya en este párrafo se observa un tratamiento irreverente y desenfadado. El autor se sirve de la voz de Pedro Carujo, enemigo histórico de Bolívar, para desacralizar a nuestro personaje. Continuemos.

Por eso, pronto tuve la íntima convicción de que se trataba de un déspota, un déspota que invadía el pensamiento y la moral del país e infestaba la vida cotidiana de cada uno. En consecuencia, me empeciné con la idea de matarle. (pp. 22-23)

Como en los tiempos de la Edad Media, me habría gustado verle morir entre “atroces espasmos”. Como a un blasfemo, le habría arrancado la lengua y, como a un ladrón le habría cortado las manos. Como a un espía, quería reventarle los ojos y, como a un calumniador, hacerle sopa los huesos. (...) En el colmo de la locura, alguna noche soñé que, habiéndolo capturado en una acción de guerra,

26 ROMERO, Denzil. **La Carujada**. Caracas: Editorial Planeta Venezolana. 1990. pp. 21-22

descuartizábale con cuchillos de sílex, desollábalo y, después de comerme su carne (tuberculosa e indigerible), rellenaba su piel con ceniza y pedrejonas, modelábale un rostro de cera y colgábalo, enseguida, de una picota a la entrada de la ciudad de Caracas, o no sé si era en la de Bogotá. (pp. 24-25)

Más adelante, la burla al ícono es definitiva y mordaz:

Con pericia de escultor consumado, diestro en la iconología y en el apuntamiento y en la composición anatómica, recuerdo que boceté su cara en el mascarón ritual con todos los detalles. Allí quedaron caricaturizados por el alcance mortal de mi odio, su frente alta pero no muy ancha aunque si bastante arrugada, sus cejas gruesas y bien formadas, sus ojos oscuros y penetrantes ensombrecidos ya por la mirada lánguida que la enfermedad le determinara, el humor craso que supuraba de sus lagrimales (...) la verruga que humillaba su nariz (...) sus pómulos salientes, sus mejillas hundidas, su boca fea (...) y el cabello ralo que, por esos días, empezaba a escasearle (...) Muy diferente esa imagen a la de sus retratos oficiales, donde, aquí y más allá, en oficinas públicas, desde las más encumbradas a las más modestas del territorio, casas curales, cuarteles y escuelas, aparecía consolidado en sus rasgos de autosuficiencia y envalentonamiento y en su brutal, casi paranoico, culto a la personalidad propio (él) de todos los tiranos, recubierto con un cierto brillo sagrado, barnizado como una acabada obra maestra, engaripolado en su rico uniforme de General en Jefe... (p. 25)

Para finalizar, hé aquí la muerte de Bolívar, muy diferente a la representada por González y también por García Márquez. Hay

complacencia en el discurso de Carujo, pero ya sabemos lo que este personaje significa, además la libertad que permite la ficción justifica plenamente ese modo discursivo:

Desproporcionadas y poco comprensibles me lucían tales anormalidades, pero ellas escapaban a mi control. Nada, nada me importaba entonces más que su muerte. (...) El tiempo hizo después lo que a mí me hubiese gustado hacer con mis manos. Pobre y desvalido, víctima de una tisis terribilísima, echado del poder y con Colombia hecha trizas por su culpa, murió con una camisa prestada y en una casa ajena. Dicen que suplicaba en su proclama de la hora final por el cese de los partidos y la consolidación de la unión; quién lo dijera; él que todo lo había arruinado con su personalismo impío y sus malsanas discordias. (pp. 27-28).

No obstante, también Romero hace una advertencia al inicio de su libro:

La presente obra no es una diatriba contra Bolívar, ni contra Páez, ni contra Vargas. Tampoco es una reivindicación de Pedro Carujo o de cualquier otro héroe en desgracia de la historia nacional. Vale decir: no es un alegato judicial ni un panfleto político, sino una pura y simple novela.²⁷

Advertencia a la que tiene todo derecho. En todo caso, son diferentes representaciones de un mismo referente histórico. Cada una responde a la época en que fue escrita y al propósito de su autor.

27 ROMERO, Denzil. *Op. cit.* p. 11.

CONCLUSIONES

El general en su laberinto de Gabriel García Márquez es la representación del viaje final del Libertador desde Santa Fe de Bogotá, el 8 de mayo de 1830, hasta San Pedro Alejandrino, donde muere el 17 de diciembre de ese mismo año.

Se trata de una visión más cercana al hombre que al héroe, aunque la ficción se construye a partir de referencias históricas más o menos verificables.

En el planteamiento del autor predomina el tropo de la **ironía** y en él se recrean innumerables imaginarios históricos y legendarios que forman parte de la percepción popular, pero además se desacraliza al héroe y se le presenta con todas sus contradicciones.

Hay en el autor una preocupación por la referencia documental, aunque finalmente es la ficción quien gana la batalla de la representación. El proyecto escritural se consume con éxito y advertimos en él marcas y símbolos de la anterior narrativa garcíamarquiana.

Una de las vías que utiliza el escritor es la personalización, pues es un conocedor nato de la geografía que representa, lo cual le confiere verosimilitud a su relato.

Al comparar el texto de García Márquez con otros modos de representación sobre el mismo referente histórico, no podemos dejar de advertir la existencia de los extremos planteada por Carrera Damas. De un lado, la sacralización, del otro la denigración. Sin embargo, pensamos que los textos analizados responden a proyectos creadores y épocas específicas de la historia del continente.

En el caso de **El general en su laberinto**, compartimos plenamente el criterio de Josefina Ludmer cuando afirma que esta novela es la versión posmoderna del mito bolivariano.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRÁIZ, Antonio. *El hombre de la camisa del Libertador*. En: **Un personaje llamado Bolívar**. Caracas: El Diario de Caracas. 1979.
- BARTHES, Roland (1972). *El efecto de realidad*. VVAA. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- BRAVO DÍAZ, María Josefina. **Mi historia de Venezuela. 5º año de Educación Básica**. Caracas: Ediciones CO-BO.
- CARRERA DAMAS, Germán (1969). **El culto a Bolívar**. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación.
- DE CERTEAU, Michel. **La escritura de la historia**. México: Universidad Iberoamericana.
- FUENTES, Carlos (1992). **Valiente Mundo Nuevo**. México: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1989). **El general en su laberinto**. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.
- GONZÁLEZ, Asdrúbal (1990). **El Anti-héroe Pedro Carujo**. Caracas: Editorial Planeta Venezolana.
- GONZÁLEZ, Juan Vicente (1835). *Bolívar en Casacoima*. En: **Ha muerto el Libertador**. (Ildefonso Leal, comp.). Caracas: Ediciones del Rectorado de la U.C.V. 1980.
- JITRIK, Noé. *De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana*. En: Daniel Balderston (Comp.) **The Historical Novel in Latin America. A symposium**. Gaithersburg: Ediciones Hispanoamérica. 1986.
- LUDMER, Josefina (1994). *El Coloquio de Yale: máquinas de leer "fin de siglo"*. En: **Las culturas de fin de siglo en América Latina**. (Josefina Ludmer, comp.). Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- MENTON, Seymour (1993). **La nueva novela histórica de la América Latina**. México: Fondo de Cultura Económica.
- MUTIS, Alvaro. *El último rostro*. En: **Un personaje llamado Bolívar**.

Caracas: El Diario de Caracas. 1979.

RIFFATERRE, Michael (1990). **Ficcional Truth**. Baltimore and London. The John Hopkins University Press.

ROMERO, Denzil. (1990). **La Carujada**. Caracas: Editorial Planeta Venezolana.

WHITE, Hayden. (1978). **Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism**. Baltimore and London. The John Hopkins University Press.

_____. (1992). **Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX**. México: Fondo de Cultura Económica.

_____. (1992). **El contenido de la forma**. Barcelona: Paidós.

ZEA, Leopoldo (1980). **Simón Bolívar, integración en la libertad**. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana. 1993.